

SILVIA TUBERT

Sigmund Freud

Fundamentos del psicoanálisis



FOAF

LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALÈNCIA

EDAF  ENSAYO



678178

mlmg
AP

Coordinador de la serie Pensamiento:
Agustín Izquierdo

© 1999. Silvia Tubert

© 2000. De esta edición, Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30. 28001 Madrid.

Dirección en Internet: <http://www.arrakis.es/~edaf>
Correo electrónico: edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, n.º 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C.P. 15530. México D.F.
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>
Correo electrónico: edaf@edaf-y-morales.com.mx

Edaf y Albatros, S. A.
San Martín, 969, 3.º. Oficina 5.
1004 Buenos Aires, Argentina.
Edafal3@interar.com.ar

Diseño de cubierta: Gerardo Domínguez

Diciembre 2000

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya se electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito Legal: M. 46.086-2000
I.S.B.N.: 84-414-0825-4



PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA
Gráficas COFÁS, S. A. - Pol. Ind. Prado de Regordano - Móstoles (Madrid)

271276

BF
109
F74
T83
2000

Índice

	<u>Págs.</u>
La vida de Sigmund Freud	9
El éxito de un Conquistador	9
La Viena de Freud.....	13
Los primeros años.....	15
Freud y la medicina	18
La prehistoria del psicoanálisis.....	22
El nacimiento del psicoanálisis.....	26
El movimiento psicoanalítico	36
Los desarrollos teóricos	39
Los últimos años.....	42
 Fundamentos de la teoría psicoanalítica	 47
Introducción.....	47
Las formaciones del inconsciente.....	49
Los síntomas neuróticos	50
Los sueños	62
Las funciones fallidas	73
El chiste	75
El modelo del «aparato psíquico»: la primera tópica	77
La teoría sexual.....	92
Las fases libidinales y el complejo de Edipo.....	103
El complejo de Edipo femenino	115
Introducción del concepto de narcisismo y su incidencia en la teoría	129

73171

	<u>Págs.</u>
Segunda teoría de las pulsiones: vida y muerte ...	141
Una nueva representación de la personalidad psíquica: la segunda tópica.....	145
La técnica psicoanalítica.....	152
El psicoanálisis como crítica de la cultura.....	165
Bibliografía.....	177
1. Ediciones de las obras completas de Freud	177
2. Obras de consulta.....	178
Selección de textos de Sigmund Freud.....	179
Una dificultad del psicoanálisis	181
La interpretación de los sueños	187
Información preliminar.....	187
Psicopatología de la vida cotidiana	201
Los dos principios del funcionamiento mental	209
Algunas consecuencias píquicas de la diferencia sexual anatómica.....	217
Introducción al narcisismo.....	229
Psicología de las masas y análisis del yo	239

La vida de Sigmund Freud

El exilio de un Conquistador

EL 11 DE MARZO DE 1938 Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, escribe lacónica aunque significativamente en su diario: «Finis Austriae»¹. En esa misma fecha, ante un ultimátum de Hitler, el canciller austriaco había dimitido después de cancelar el plebiscito sobre la anexión de Austria al Tercer Reich. En los días siguientes, las tropas alemanas cruzan la frontera, se produce la anexión y Hitler entra en Viena.

Se inicia entonces el reinado del terror, la persecución de los socialdemócratas, de los líderes moderados de la antigua derecha y, sobre todo, de los judíos: las purgas planificadas por los invasores, según el modelo aplicado en Alemania, se combinaron con el fanatismo y el revanchismo sádico de los austriacos; las turbas que saquearon las casas de los judíos y que aterrizaron a los pequeños comerciantes no necesitaron órdenes oficiales, y su ensañamiento revela el goce en las acciones que realizaron². El asesinato político organizado se acompañó de crímenes

¹ *Kürzeste Chronik*, Sigmund Freud Museum, Londres, citado por Peter Gay, *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Madrid: Paidós, 1998, p. 685.

² *Op. cit.*, p. 685.

improvisados por el furor de las masas. Se procuró «depurar» a la sociedad austriaca, prohibiendo a jueces, funcionarios, industriales, banqueros, profesores, periodistas y artistas judíos el desempeño de sus funciones, mientras tanto los nazis obtenían los puestos de responsabilidad. Unos quinientos judíos se suicidaron, durante la primavera de 1938, para evitar la humillación o la deportación a campos de concentración. Prácticamente no hubo resistencia; sin embargo, se asesinó o deportó a las personas sospechosas de actividades antinazis. Los que pudieron, huyeron al extranjero.

★ El 15 de marzo, bandas de camisas pardas irrumpieron en la Editorial Psicoanalítica y en la vivienda de Freud, limitándose a llevarse algo de dinero. Una semana más tarde, la Gestapo vuelve a registrar las habitaciones y arresta a su hija Ana durante un día. Ernest Jones, primer discípulo británico y también primer biógrafo de Freud, se esfuerza por convencerlo de la necesidad de abandonar el país: el maestro rechaza sus argumentos alegando que está demasiado viejo y débil (tenía entonces 81 años y se encontraba enfermo de cáncer) para emprender cualquier viaje; que ningún país le daría asilo (el problema de la desocupación era acuciante en toda Europa y las diversas naciones se negaban a admitir la entrada de extranjeros); que no podía abandonar a su patria como un desertor.

Finalmente acepta, sin embargo, que Jones inicie gestiones para hacer posible el exilio, para lo cual este logra la colaboración del embajador norteamericano en Francia que, a su vez, consigue que el presidente Roosevelt intervenga en el caso por intermedio de su cónsul en Viena. Jones obtiene del Gobierno británico un permiso de residencia y de trabajo para Freud y sus allegados. Merced a nuevas gestiones, apoyadas quizá por el prestigio internacional del profesor, las autoridades nazis otorgan el permiso de salida, cuyo precio es demasiado elevado. Pero tanto su dinero como su

cuenta bancaria habían sido confiscados: Marie Bonaparte, otra discípula, le presta lo necesario y le ofrece su casa en Francia para descansar en el camino a Londres.

Freud sale de Viena el 4 de junio y llega a Londres el 6. Durante el viaje nocturno de París a Londres sueña que desembarca en Pevensey, y al relatar el sueño a uno de sus hijos, le aclara que ese es el nombre del puerto inglés en el que había desembarcado, en el año 1066, Guillermo el Conquistador. ¡Sueño sorprendente en un anciano enfermo que marcha al exilio para salvar su vida del exterminio y la humillación! Sin embargo, el sueño sería premonitorio de la recepción triunfal que le esperaba en su patria de adopción.

Durante varios días, los periódicos británicos publicaron crónicas acerca de la llegada de Freud que reflejaban simpatía y admiración hacia su persona y su obra, acompañadas de abundantes fotografías. Las revistas médicas, por su parte, dedicaron notas editoriales a darle la bienvenida. En el *British Medical Journal* se puede leer: «La profesión médica de Gran Bretaña se sentirá orgullosa de que su país haya ofrecido asilo al profesor Freud y de que él haya elegido este país como su nueva patria»; y en el *Lancet*: «Sus enseñanzas despertaron, en su época, las controversias más agudas y los antagonismos más amargos que cualquier otra teoría después de la de Darwin. Ahora, cuando ha llegado a una avanzada edad, hay pocos psicólogos, de cualquier escuela que sean, que no reconozcan la deuda que tienen con él. Algunas de las concepciones que formuló claramente por primera vez han penetrado en la filosofía contra la corriente de la empecinada incredulidad que él mismo reconoció como la reacción natural del hombre ante una verdad intolerable».

³ Citado por Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*, 3 tomos, Buenos Aires, Editorial Nova, 1962, tomo III, p. 250.

Las controversias y los antagonismos se comprenden por cuanto el psicoanálisis no se limitó a generar un nuevo método terapéutico y una teoría psicológica y psicopatológica: la «verdad intolerable» a la que alude el *Lancet* produjo una transformación radical en la concepción occidental del ser humano, que habría de afectar, a su vez, a todas las disciplinas que se ocupan de él y de sus producciones: no solo la psicología y la filosofía, sino también la antropología, la sociología, la teoría de la literatura y del arte, las ciencias de la educación. El descubrimiento de esa verdad es lo que requería el valor de un verdadero *Conquistador*, término que el propio Freud empleó en alguna ocasión para definirse a sí mismo y que, según revela su sueño, lo acompañó hasta en su exilio⁴.

En Londres recibió muchas otras expresiones de apoyo y admiración, bajo la forma de cartas, visitas y regalos, tanto de instituciones como de personas particulares. Sin embargo, la satisfacción que pudo experimentar no estuvo exenta de ambivalencia ante la pérdida del que había sido su lugar de residencia durante la mayor parte de su vida. En una carta a uno de sus discípulos, escribe: «El sentimiento de triunfo por estar liberado está demasiado intensamente mezclado con pena, porque siempre sentí gran cariño por la prisión de la que acabo de salir»⁵. El contraste entre los términos *cariño* y *prisión* da cuenta de los sentimientos contradictorios que el primer psicoanalista experimentaba hacia la ciudad de Viena y hacia sus coetáneos.

⁴ En la carta a Wilhelm Fliess del 1 de febrero de 1900, escribe: «Por temperamento no soy más que un *conquistador* [en castellano en el original], un aventurero, si quieres traducir esta palabra, con toda la curiosidad, la osadía y la tenacidad de ese tipo de hombre.» Citado por P. Gay, *op. cit.* p. 16.

⁵ Carta a Eitingon del 6 de junio de 1938, citada por Jones, *op. cit.*, t. III, p. 250.

La Viena de Freud

Freud vivió y creó gran parte de su obra en la Viena de los últimos tiempos de los Habsburgo, en uno de los periodos más fecundos y originales en los dominios del arte, la arquitectura, la música, la literatura, la psicología y la filosofía. No debe ser casual que la revolución científica operada por el padre del psicoanálisis, como cambio radical de los paradigmas que nos permiten aproximarnos a la comprensión del ser humano, se produjera en el mismo momento y en el mismo lugar en que los procedimientos artísticos e intelectuales, que hasta fines del siglo XIX se habían mantenido casi sin cuestionamientos, sufrieron el ataque de una crítica radical y fueron desplazados por el modernismo. El psicoanálisis nació al mismo tiempo que la música dodecafónica, la arquitectura moderna, el positivismo legal y lógico y la pintura no figurativa. En la Viena de la fase final del imperio austro-húngaro la vida artística y cultural no estaba compartimentada por áreas sino que ocupaba a un conjunto de artistas, músicos y escritores que solían encontrarse y discutir casi todos los días y apenas concebían la necesidad de una especialización profesional. Si bien Freud no participaba en la vida de los cafés, constituye un ejemplo del típico médico vienés que a lo largo de toda su vida ha conservado el interés por el arte, la arqueología y la literatura.

En la Viena finisecular se produjo la paradoja de que la desintegración social y política propició el desarrollo de uno de los contextos intelectuales más fértiles de la historia cultural de nuestro siglo. Sus grandes creadores —en ciencia, arte, pensamiento— rompieron, intencionalmente o no, los nexos con las concepciones propias de la cultura liberal del siglo XIX en la que se habían formado.

En los diferentes campos, la intelectualidad vienesa produjo innovaciones que llegaron a identificarse en el marco de la cultura europea como *escuelas* de Viena, especialmente en

los terrenos del psicoanálisis, la historia del arte y la música. Toda una generación de austríacos, marcada por las ideas y el estilo de Nietzsche, se comprometió en una tarea de reformulación crítica y de transformación revolucionaria de sus propias tradiciones. Y lo que incitó a la búsqueda de esta nueva perspectiva para aproximarse al ser humano fue el fracaso de las aspiraciones políticas: en su última etapa, entre 1867 y 1914, el imperio de los Habsburgo se caracterizó por la carencia de proyecto histórico. Francisco José era una figura casi legendaria que ocupaba el trono desde 1848. La figura anacrónica del anciano emperador presidía, hacia el fin del siglo, una sociedad revestida de un barniz cultural, con una burguesía que se dedicaba a gozar de la vida en una especie de mascarada que encubría una realidad represiva tanto en el orden sexual como en el político y, al mismo tiempo, sumamente transgresora en ambos.

Aunque el patrocinio de las artes fue inicialmente una vía que escogió la burguesía para asimilarse a la aristocracia, la creación terminó por convertirse en un refugio frente al desagradable mundo de la realidad política y social que se tornaba cada vez más amenazadora. En la medida en que la vida artística se convirtió en un sustituto de la acción se desarrolló el culto del «arte por el arte»; puesto que la acción cívica resultaba cada vez más inútil, el arte se convirtió en una fuente de sentido, casi en una religión que pretendía situarse al margen de los problemas propios de la sociedad burguesa.

Por otra parte, el esplendor y la riqueza no alcanzaban a encubrir totalmente la miseria. Existía un notorio contraste entre las lujosas residencias de nobles y burgueses y las ingentes viviendas precarias en las que cada cama servía para varios ocupantes que se turnaban a lo largo del día y de la noche. Arthur Schnitzler dedicó su obra, elaborada a lo largo de treinta años, a denunciar la hipocresía y la

miseria sexuales imperantes en su sociedad, lo que no es ajeno, en parte, al sentido crítico de la obra de Freud.

El psicoanálisis solo puede conservar ese potencial revolucionario en la medida en que lo interpretemos como un interminable proceso de investigación y no como una doctrina acabada. Por eso, además de situar su obra en el contexto histórico-cultural en el que vio la luz⁶, debemos estudiarla en su gestación y evolución, lo que requiere encuadrarla en el marco de la vida de su autor, a pesar de que, como decía el propio Freud, podemos fiarnos muy poco de las posibilidades de escribir una biografía. En una carta a Arnold Zweig, que se disponía a relatar la vida del maestro, éste afirma: «Quien se convierte en biógrafo se compromete a mentir, a enmascarar, a ser un hipócrita, a verlo todo color de rosa e incluso a disimular la propia ignorancia, ya que la verdad biográfica es totalmente inalcanzable, y si se la pudiese alcanzar, no serviría de nada»⁷

Los primeros años⁸

Sigmund Freud —que cambiaría su nombre por el de Sigmund a los veintidós años— nació el 6 de mayo de

⁶ Por razones de espacio no podemos desarrollar la cuestión, sumamente interesante, de las relaciones del pensamiento freudiano con su entorno intelectual. Para un estudio de este tema, ver S. Tubert, *Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

⁷ Carta del 31 de mayo de 1936, *Correspondencia Freud-Zweig*, Buenos Aires, Granica, 1974, p. 134.

⁸ Las páginas que siguen resumen la información que Freud proporciona en *Historia del movimiento psicoanalítico* (1914), Obras Completas, tres tomos (Cuarta Edición; las citas y referencias que incluyo en este libro corresponden a esta edición), Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, t. II, y en *Autobiografía* (1925), O. C., t. III, así como las aportaciones de los principales biógrafos de Freud: Ernest Jones, *op. cit.*; Peter Gay, *op. cit.*; Ronald W. Clark, *Freud. El hombre y su causa*, Barcelona, Planeta, 1980.

1856] en un pequeño pueblo moravo, que entonces se llamaba Freiberg y formaba parte del imperio austro-húngaro; hoy, conocido como Pribor, pertenece a la República Checa. Su padre, Jakob Freud (Tysmenitz, Galitzia, 1815-1896), era un pequeño comerciante que trabajaba sobre todo con lanas. De su primer matrimonio había tenido dos hijos, Emmanuel, nacido en 1832, y Philipp, en 1836. En 1855, a los 40 años, tres después de la muerte de su primera esposa y tras una segunda boda, sobre cuya existencia y disolución no hay pruebas definitivas, contrae nupcias con Amalia Nathanson (Brody, Galitzia, 1835-1930).

Jakob, querido por todos en la familia según los testimonios conservados, era ligeramente más alto que Sigmund y su carácter era amable, generoso y optimista. Cuando se casó con Amalia ya era abuelo, puesto que su hijo mayor estaba casado y tenía un hijo, de modo que Sigmund tendría ya al nacer un sobrino un año mayor que él. Este niño fue su primer compañero de juegos, y la relación ambivalente que mantuvo con él (amigo y rival a un tiempo) habría de marcar sus futuras relaciones con sus pares. La joven Amalia era esbelta y hermosa, y conservó hasta el fin de su prolongada vida un carácter alegre y despierto y una aguda inteligencia. Después de Sigmund, en un periodo de diez años, nacieron siete hijos más: Julius, que murió a los ocho meses de edad, Ana, Rosa, Marie, Adolfine, Paula y Alexander.

La familia era judía y Freud mismo no renegó nunca de su origen, aunque en realidad el suyo era, por decirlo así, un judaísmo sin religión. Su padre se había emancipado de las prácticas hasídicas de sus antepasados, y su matrimonio con Amalia se celebró mediante una ceremonia reformista; sin embargo, seguía leyendo en el hogar la Biblia en hebreo, para su edificación. Cuando Freud habla de la impronta que dejó en él la temprana lectura de la

Biblia, parece referirse a su sentido ético e histórico, puesto que creció ajeno a toda creencia en Dios o en la inmortalidad.

Los Freud eran bastante pobres: cuando nació Sigmund vivían en una habitación alquilada en una casa modesta. A partir de 1840, año en el que se inaugura la nueva línea férrea de Viena, que deja de lado a Freiberg perjudicando su comercio, el pueblo empobrece y aumenta la desocupación, llegando prácticamente a la ruina como consecuencia de la inflación desencadenada por la restauración de 1851. En 1859, debido al derrumbe económico y a la persecución antisemita que acompañó al auge del nacionalismo checo (los judíos compartían la lengua y la educación alemanas), la familia Freud se vio obligada a emigrar, tal como le sucedería ochenta años después al pequeño Sigmund, que entonces tenía tres años.

Tras pasar unos meses en Leipzig se instalaron en Viena, mientras Emmanuel y Philipp Freud se trasladaron a Manchester, donde tuvieron cierto éxito merced a su conocimiento de la industria textil. Sigmund habría de envidiarles este destino y sentir una gran admiración por Inglaterra a lo largo de toda su vida.

Después de las primeras lecciones recibidas de su madre, su padre se hizo cargo de su instrucción hasta los nueve años, cuando aprobó —un año antes de lo habitual— el examen de ingreso a un instituto de enseñanza secundaria, el Sperl Gymnasium. Los documentos conservados en el instituto revelan que fue un estudiante brillante: de un total de ocho años, fue el primero de su clase durante seis y a los diecisiete terminó los cursos con una distinción honorífica. Señalemos, como detalle curioso, que en su examen de Matura (acceso a la Universidad) hubo de traducir del griego al alemán un pasaje del Edipo de Sófocles.

La lectura y el estudio parecen haber llenado la mayor parte de su vida. Su capacidad para la expresión escrita habría de conducirlo, con el paso de los años, a la obtención del premio de literatura *Goethe*, el más importante de la lengua alemana.

Asimismo, tenía una notable aptitud para los idiomas: además del latín y el griego, logró un buen conocimiento del inglés y el francés, recibió enseñanza del hebreo y aprendió por su cuenta el italiano y el español, este último con la finalidad de poder leer el *Quijote* en su lengua de origen. A los dieciséis años funda, con su íntimo amigo Eduard Silberstein, una *Academia Española* secreta, de la que eran los únicos miembros; se escribían cartas en castellano, firmadas con los nombres de Scipión y Berganza, tomados de *El coloquio de los perros* de Cervantes.

Freud y la medicina

Freud manifiesta, en su *Autobiografía*, que nunca sintió un interés especial por la carrera médica; su curiosidad se dirigía más a los asuntos humanos que a la naturaleza, aunque las teorías de Darwin atrajeron su atención por que parecían ofrecer un enorme progreso en la comprensión del mundo⁹.

Una conferencia en la que se leyó un ensayo de Goethe sobre la naturaleza le decidió a estudiar medicina, renunciando a sus fantasías infantiles de ser un general como Alejandro Magno o Napoleón, y a sus sueños adolescentes de estudiar derecho para dedicarse a la carrera política y llegar a ser ministro o bien militar en un movimiento de oposición de orientación socialista.

⁹ Freud, *Autobiografía*, p. 2762.

En diversos escritos y cartas, nuestro autor insiste en que le habría gustado retirarse de la práctica médica para dedicarse a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y la historia; en última instancia, la gran cuestión de cómo el ser humano ha llegado a ser lo que es. Y en sus últimos años llegó a afirmar que el éxito de su vida consistía en haber reencontrado, después de un largo rodeo a través de las ciencias naturales, los medicina y la psicoterapia, el camino hacia los enigmas de la existencia humana, que lo habían fascinado en su juventud.

Freud inicia sus estudios de medicina en la Universidad de Viena en 1873 y los termina en 1881; ocho años en lugar de los cinco habituales, porque cursa seminarios no obligatorios de física, zoología y filosofía: durante tres años asiste a las clases de Franz Brentano. En su *Autobiografía*, Freud alude a la decepción que experimentó al constatar la discriminación antisemita que reinaba en la Universidad de Viena, aunque reconoce que esta situación le permitió acostumbrarse desde un principio a figurar en las filas de la oposición y fuera de la «mayoría compacta», dotándolo de cierta independencia de juicio. Esto es bastante revelador con respecto a su carácter.

En su cuarto año de estudios comienza a trabajar en el Laboratorio de Fisiología de Ernst Brücke, una de las personalidades que más habrían de influir en su formación al transmitirle el ideal de la integridad científica y la fe en su valor ético. Brücke formaba parte de la escuela médica de Helmholtz, que intentaba explicar todo el funcionamiento del organismo en términos de fuerzas físicas y químicas; en último análisis, las fuerzas de atracción y repulsión inherentes a la materia.

Freud permaneció seis años (1876-1882) en el Instituto Brücke, en el que realizó brillantes trabajos de investigación sobre la histología del sistema nervioso, llegando a

publicar una veintena. Alguno de ellos puede considerarse como precursor de la teoría de la neurona, que habría de ser denominada así por Waldeyer en 1891.]

Sin embargo, sería una ingenuidad pensar que los estudios neurológicos podrían ser una preparación adecuada para el psicoanálisis: el *Proyecto de una psicología para neurólogos* —que Freud nunca publicó sino que se encontró póstumamente junto con la correspondencia enviada a su amigo Fliess— pone en evidencia, más allá del enorme interés que posee desde el punto de vista de la historia de las ideas, el fracaso del intento de reducir los procesos psicológicos a la actividad neuronal. En el *Proyecto* Freud había procurado, en efecto, explicar los fenómenos psicopatológicos (histeria y otras neurosis) y psicológicos (atención, memoria, juicio, consciencia) a partir de dos conceptos básicos: neurona y cantidad. La circulación de cantidades de energía, su aumento y su reducción, en los diversos sistemas que constituyen, hipotéticamente, nuestro aparato neuronal, son las fuerzas que generan los procesos psíquicos, tanto normales como patológicos¹⁰.

[Se trata de un texto escrito en 1895, año de la edición de los *Estudios sobre la histeria*;] podríamos afirmar que el salto cualitativo que representa el cambio de perspectiva del primer texto al segundo señala el momento de una primera fundación del psicoanálisis. A pesar de que Freud nunca abandonó la esperanza de que algún día se pudieran tender puentes entre la neurología y la psicología, ya no volvió a hacer ningún intento semejante sino que desarrolló su labor exclusivamente en el orden de la significación —hasta entonces oculta— de las manifestaciones psíquicas del ser humano. Sin embargo, debemos señalar que el

¹⁰ Freud, *Proyecto de una psicología para neurólogos*, O. C., t. I.

modelo teórico que desplegó en el *Proyecto*, en términos neurofisiológicos, para dar cuenta del origen y los mecanismos de nuestros procesos psíquicos reaparece, en sus aspectos fundamentales, en el resto de la producción freudiana, aunque reelaborado en términos psicoanalíticos.

Después de su graduación, Freud continuó trabajando durante 15 meses en el Instituto de Fisiología de Brücke, donde desempeñó algunas tareas de enseñanza. Finalmente, debido a sus limitaciones económicas que le impedían dedicarse a la investigación, decidió comenzar a ganarse la vida como médico; anhelaba que esta «dolorosa» separación de la ciencia no fuera definitiva.

En esta decisión tuvo un peso importante su compromiso con Martha Bernays, en 1882, y su deseo de formar una familia sin contar con los recursos necesarios para ello.

(Con el objeto de adquirir experiencia clínica en el campo de las enfermedades nerviosas, poco atendidas por entonces, ingresa en octubre de aquel año como médico interno en el Hospital General de Viena, donde permanecería tres años, buena parte de ellos en la sección de Neurología. Sus publicaciones histológicas y clínicas le valen el nombramiento como *Privatdozent* en Neuropatología (1885). Este título, importante en Austria y Alemania, no tiene equivalente en las escuelas de medicina de otros países; el *Privatdozent* puede impartir clases, generalmente sobre temas al margen del programa, sin recibir sueldo. El número de cargos es muy limitado, por lo que se trata de una posición prestigiosa, necesaria para progresar en la carrera universitaria.

(En junio de 1885 fue invitado a trabajar como suplente en un sanatorio de enfermedades mentales en las afueras de Viena. Para entonces ya había solicitado una beca para un viaje de estudios, que le permitiría ampliar sus conocimientos y asistir a las clases del maestro Jean Martin Charcot, considerado como el neurólogo más importante

de la época, en el hospital de La Salpêtrière (París) durante cuatro meses y medio.

La prehistoria del psicoanálisis

A pesar de que continuó con sus investigaciones neurológicas hasta 1897 —publicó en 1891 un importante estudio sobre las afasias y llegó a convertirse en la máxima autoridad en el terreno de las parálisis cerebrales infantiles—, el encuentro con Charcot, algunas de cuyas obras tradujo al alemán, fue enormemente significativo en la vida de Freud debido a que despertó su interés por la psicopatología, especialmente la histeria.

En realidad, su primer contacto con la problemática de la histeria se había producido ya en Viena: hacia fines de la década de los setenta Freud había conocido en el Instituto de Fisiología a Josef Breuer (1842-1925), que llegó a ser uno de sus más importantes amigos y su apoyo en momentos difíciles.

Entre 1880 y 1882 Breuer trató a una enferma de histeria, de veintiún años, que habría de pasar a la historia (o, más bien, prehistoria) del psicoanálisis con el nombre de Anna O. La joven presentaba una amplia gama de síntomas que se habían originado durante el periodo en el que se encontraba asistiendo a su padre, aquejado de una enfermedad que lo llevó a la muerte. Algunos de tales síntomas eran la parálisis de las extremidades con contracciones y anestias, perturbaciones de la vista, el habla y la alimentación y tos nerviosa.

Durante las visitas de Breuer, Anna solía entrar en un estado de autohipnosis durante el cual relataba sus experiencias penosas y sus fantasías. En cierta ocasión, al relatar los detalles de la primera aparición de uno de sus síntomas, este desapareció por completo. Anna continuó entonces

con este procedimiento, centrándose cada vez en otro síntoma, y lo denominó «cura de hablar» o «limpieza de chimenea». Breuer agregó sesiones de hipnosis¹¹ provocada y llamó a su método «catarsis», término de origen griego que significa purificación o purga¹²; Freud no otorgaría el papel central en el proceso terapéutico a la descarga de afectos sino a la *expresión verbal de las fantasías teñidas de afecto*, que permite apreciar que los síntomas tienen un sentido. En la mayoría de los casos, mientras asistía a su padre enfermo, Anna se había visto obligada a *reprimir* (expulsar de la consciencia) un pensamiento o un impulso que luego había sido sustituido y representado por un síntoma. Pero cada síntoma no era el remanente de una única escena traumática, sino el resultado de la adición de numerosas situaciones análogas. Y en esas escenas traumáticas la sexualidad ocupaba un lugar central.

Hasta ese momento, se consideraba que la histeria era o bien un trastorno de la matriz (del griego *hysteron* = útero), que se solía tratar mediante la extirpación del clítoris, o bien simplemente una *simulación* de síntomas, puesto que no se les encontraba ninguna base orgánica.

Charcot fue el primero en considerarla una enfermedad del sistema nervioso y, aunque entendía que se debía a una *degeneración congénita* (concepto muy frecuente tanto en la neurología como en la psiquiatría de la época), el estudio

¹¹ La hipnosis es un sueño artificial provocado por procedimientos mecánicos, físicos o psíquicos. Aunque parece ser de la misma naturaleza que el sueño fisiológico, se diferencia de este porque durante la hipnosis se acentúan los automatismos, se producen gestos y movimientos semejantes a los del sonambulismo y se pueden evocar recuerdos que no son accesibles a la consciencia durante el estado de vigilia.

¹² Aristóteles llama catarsis al efecto que produce la tragedia en el espectador: una purificación de sus propias pasiones al verlas dramatizadas en la escena.

sistemático de esta afección le permitió realizar un diagnóstico más preciso.

Asimismo, reconoció el carácter histérico de muchas perturbaciones a las que se les suponía un origen somático a pesar de que no correspondían a ninguna lesión orgánica: la contradicción solía resolverse atribuyéndolas a trastornos *funcionales* del sistema nervioso, concepto «comodín» de nulo valor explicativo. El neurólogo puso en evidencia, por otra parte, que la histeria no era exclusiva del sexo femenino, sino que podía presentarse también en hombres.

Al provocar y suprimir síntomas de histeria mediante la hipnosis, Charcot demostró que, independientemente de su supuesta pero desconocida base neurológica, la dolencia tenía un origen psíquico, generalmente de carácter traumático. Pero Charcot se interesaba fundamentalmente por la anatomía mientras que Freud adoptó muy pronto una perspectiva psicológica. Así, por ejemplo, el estudio comparativo de las parálisis histéricas y las orgánicas le permitió demostrar que las parálisis y anestias histéricas de las diversas partes del cuerpo se delimitan conforme a la representación vulgar del cuerpo humano y no siguen las vías nerviosas que el estudio anatómico revela.

A su regreso de París Freud expuso ante sus colegas algunos trabajos referentes a la hipnosis, la histeria masculina y la diferencia entre parálisis orgánicas e histéricas, que fueron recibidos con bastante frialdad. Como consecuencia del rechazo, Freud hubo de alejarse de la Sociedad de Médicos.

En 1886 abrió su consulta privada, con relativo éxito, y contrajo matrimonio con Martha Bernays, con la que tendría seis hijos —tres niñas y tres niños— en el curso de los nueve años siguientes. El rápido crecimiento de la familia exigía unos ingresos que Freud estaba lejos de obtener, de modo que en esos primeros años hubo de recurrir con frecuencia a préstamos de sus amigos.

En su trabajo con enfermos nerviosos, al mismo tiempo, reemplazó la aplicación de la hidroterapia y la electroterapia (métodos corrientes en la neurología de entonces) por la sugestión hipnótica, obteniendo resultados favorables pero limitados: no es posible hipnotizar a todos los enfermos ni está al alcance del médico, en algunos casos, lograr una hipnosis suficientemente profunda. En razón de estas limitaciones, decidió realizar un nuevo viaje en 1889, esta vez a Nancy, para perfeccionar su técnica hipnótica con los médicos Liébault y Bernheim.

Las experiencias que observó le revelaron la existencia de procesos mentales poderosos que, sin embargo, permanecen ocultos a la consciencia. Pero Freud habría de abandonar pronto esta técnica terapéutica debido a la dificultad, tanto para el médico como para el paciente, de tolerar la contradicción que supone negar la existencia del trastorno durante la sugestión y tener que reconocerlo fuera de ella.

En su práctica clínica, en realidad, había integrado en cierto modo el método catártico de Breuer con la hipnosis, en la medida en que no la empleaba tanto para hacer sugestiones terapéuticas como para reconstruir la historia de la génesis de los síntomas. Este procedimiento le permitía además satisfacer su curiosidad científica, de modo que pudo reanudar su trabajo de investigación, aunque desde una perspectiva diferente que lo conduciría a descubrimientos importantes.

En esta etapa prepsicoanalítica Freud había utilizado la hipnosis y la sugestión, pero estas técnicas tropezaron con ciertas dificultades: si bien durante la hipnosis, o como resultado de la presión del terapeuta, el paciente podía ampliar el campo de su consciencia y recuperar recuerdos olvidados, el proceso llegaba siempre a un límite más allá del cual no se podía seguir avanzando. Las resistencias, es decir, el rechazo al saber de lo inconsciente, no habían desaparecido sino que solo se habían despla-

zado un poco. En consecuencia, la hipnosis y la sugestión contribuían a enmascarar los importantes fenómenos de la resistencia y la transferencia, esenciales en cambio en la teoría y la práctica psicoanalíticas¹³.

Por otra parte, los síntomas que se había logrado eliminar solían reaparecer cuando se interrumpía el contacto entre el paciente y el médico. Esta relación de dependencia es lo que Freud denominó *transferencia*, más exactamente, la reproducción en la situación terapéutica de experiencias vividas en la infancia. Es decir, todo aquello que el sujeto no recuerda, precisamente porque ha sido *reprimido*, excluido de la posibilidad de hacerse consciente, retorna bajo la forma de actos, representaciones y sentimientos que se vinculan con la persona del terapeuta, desconociendo su origen (precisamente porque es inconsciente) en su pasado. Esta relación afectiva resulta ser más poderosa que la labor catártica y es el factor oculto que actúa en la curación hipnótica.

El análisis de las resistencias y de la transferencia mediante la *asociación libre*, un nuevo método que Freud desarrolló entre 1892 y 1896, permite en cambio acceder a recuerdos que parecían olvidados. De este modo, Freud logró transformar los obstáculos que se oponen a la emergencia de lo inconsciente en instrumentos privilegiados para su descubrimiento.

El nacimiento del psicoanálisis

El método de la *asociación libre*, en tanto que hace posible el acceso al mundo hasta entonces desconocido de lo inconsciente, representa el punto de partida del psicoanálisis

¹³ Volveremos sobre este tema al considerar la obra de Freud.

(término que aparece por primera vez en 1896) propiamente dicho. Consiste en proponer al analizando que diga todo lo que se le ocurre, que suspenda la autocensura que practicamos habitualmente para adecuar nuestro discurso a las convenciones sociales e intelectuales y que incluya las ideas inoportunas que habitualmente se dejan de lado por considerarlas irrelevantes, inadecuadas o vergonzosas. Este cambio responde, por un lado, a las reflexiones teóricas y clínicas pertinentes: «Observo ahora que tales interrupciones son contraproducentes, y que lo mejor es escuchar hasta el final las manifestaciones de la enferma sobre cada punto concreto»¹⁴. Desde el punto de vista anecdótico, Freud menciona la actitud de una de sus pacientes (Emmy von N.) quien, «francamente malhumorada ya, me dice que no debo estar siempre preguntándole de dónde procede esto o aquello, sino dejarla relatarme lo que desee»¹⁵.

Freud supuso, sobre la base de un riguroso determinismo, que esas ocurrencias no son azarosas sino que están motivadas, tal como sucede con los síntomas. Lo que ocurre es que en lugar de responder a las normas de la lógica y de la sintaxis, que rigen nuestro pensamiento consciente, están motivadas por procesos inconscientes. En ese divagar, una palabra se asocia con otra, y en las conexiones aparentemente absurdas o carentes de sentido emerge una significación que había sido inconsciente hasta el momento de su enunciación.

En un artículo escrito para la *Enciclopedia Británica*, Freud indica que los orígenes del psicoanálisis están marcados por dos fechas, 1895 y 1900, que corresponden, respectivamente, a la publicación de los *Estudios sobre la histeria* y de *La interpretación de los sueños*¹⁶. La primera de

¹⁴ Freud, *Estudios sobre la histeria* (1895), t. I, p. 64.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Freud, *Psicoanálisis: escuela freudiana*, O. C., t. III, p. 2908.

estas obras comprende algunas historias clínicas de pacientes que presentaban esa afección, junto a un primer capítulo teórico sobre los mecanismos psíquicos de los fenómenos histéricos, que Freud escribió en colaboración con Joseph Breuer, y un último capítulo dedicado a describir la incipiente técnica psicoanalítica. Este trabajo puso un punto final a su colaboración científica con Breuer, puesto que este se negó a suscribir las opiniones de Freud acerca de la etiología sexual de la histeria: en efecto, lo reprimido no correspondía a cualquier tipo de procesos afectivos sino fundamentalmente a conflictos sexuales actuales o a las consecuencias de sucesos sexuales pasados. Poco a poco, esta concepción se amplió a otros trastornos neuróticos, en la medida en que Freud encontró en la mayoría de estos enfermos perturbaciones de índole sexual. Para ello, tuvo que vencer un obstáculo importante: «la infinita hipocresía con la que se encubre todo lo referente a la sexualidad» (además de perder gran parte de su clientela...) ¹⁷.

En efecto, en su artículo sobre la *Historia del movimiento psicoanalítico*, Freud señala que tanto Breuer como Charcot y el ginecólogo Chrobak, tres eminencias médicas, le habían manifestado en forma privada algo que jamás hubieran reconocido públicamente en sus respectivos medios profesionales: los problemas sexuales desempeñan un papel fundamental en el origen y en la significación de las neurosis ¹⁸. El carácter confidencial de estas observaciones revela que la medicina oficial no ofrecía posibilidades de profundizar en el conocimiento de las enfermedades cuya clave no se hallaba en el organismo sino en la subjetividad y, especialmente, en su dimensión sexual. Lo que cada médico descubría en su práctica clínica no podía ser

¹⁷ Freud, *Autobiografía*, p. 2771.

¹⁸ Freud, *Historia del movimiento psicoanalítico* (1914), *O. C.*, t. II, pp. 1898-99.


reconocido por la ciencia establecida. Freud hubo de traspasar estos límites, llevado por su deseo de descifrar un enigma, para adentrarse en un terreno que hasta entonces solo había sido explorado en los discursos literarios y teológicos. Pronto habría de comprobar que si la represión del deseo sexual es la piedra angular de las neurosis, aquel tiene también una función esencial en la existencia humana y en sus obras de creación cultural.


En los *Estudios sobre la histeria* (1895) el autor se sorprende, desde la perspectiva de su formación científica como neuropatólogo, de la naturaleza de su propio discurso: «A mí mismo me impresiona singularmente el hecho de que las historias clínicas que escribo se leen como novelas y carecen, por decirlo así, del sello de severidad de lo científico.» Sin embargo, entiende que esto no se debe a sus preferencias personales, sino a la naturaleza del objeto del que se ocupa. Los tratamientos médicos tradicionales como la electroterapia, en efecto, carecen de valor para el estudio de la histeria, mientras que «un relato detallado de los procesos psíquicos, tal como el que estamos habituados a encontrar en la literatura», permite acceder a la comprensión del origen de los síntomas ¹⁹.

Notemos que Freud no habla de la histeria sino de una histeria; lo que está en juego es el descubrimiento de la génesis y significación de los síntomas en cada caso singular. El cambio epistemológico se debe, entonces, a que la comprensión de la subjetividad requiere otros recursos diferentes de los que se emplean en la elaboración de leyes científicas generales: el origen de los síntomas solo puede desvelarse en una narrativa. Por eso no ha de sorprendernos encontrar en la obra de Freud, reiteradamente, la com-

¹⁹ Freud, *Estudios sobre la histeria*, p. 124. Traduzco estas dos citas del original: S. Freud y J. Breuer, *Studien über Hysterie*, Frankfurt, Fischer, 1970, p. 131.

paración del relato psicoanalítico con el literario, ni el empleo de términos como *novela* familiar, que alude a las fantasías preadolescentes acerca del propio origen, o *teorías* sexuales infantiles, que designa las elucubraciones de los niños pequeños acerca de los enigmas de la sexualidad.

 [El psicoanálisis nace, entonces, cuando Freud sustituye la epistemología médica de la mirada clínica por una epistemología de la escucha: el «paciente» ya no habla como un mero informante de la localización y características de sus dolores, sino que enuncia un relato histórico en el que habrá de emerger como sujeto.] El objetivo ya no es referir los signos y síntomas a un sistema nosográfico preestablecido, sino descubrir —o construir— su sentido; lo que interesa es su valor simbólico, que remite a un universo de deseos y representaciones que no habían podido ser reconocidos conscientemente como tales.

 [La *represión* es, precisamente, una defensa psíquica que se puede definir como un intento de huida del *yo* ante un impulso que le resulta conflictivo: en la neurosis el *yo* no es capaz de controlar un impulso que le produce miedo, dolor o vergüenza, y pretende resolver el conflicto cerrándole el acceso a la consciencia.] La consecuencia de esta defensa es que, además del empobrecimiento del *yo* por tener que protegerse mediante un esfuerzo permanente de la posible irrupción de lo reprimido, el impulso conserva su carga de energía, en otros términos, su fuerza afectiva, y buscará una satisfacción sustitutiva, dando lugar a la formación de los síntomas. [Estos resultan, entonces, de una transacción: son satisfacciones sustitutivas, pero deformadas y desviadas de sus fines originarios por la defensa del *yo*.]

[Quizá haya sido el aislamiento de Freud en lo que respecta a sus nuevas ideas y propuestas lo que lo llevó a establecer una estrecha relación epistolar durante quince años (1887-1902) con un otorrinolaringólogo de Berlín, Wilhelm Fliess (1858-1928), que compartía sus intereses científicos

y aceptaba sus descubrimientos con respecto al papel central de la sexualidad tanto en las neurosis como en otras manifestaciones del ser humano.)

Este amigo cumplió así la función de interlocutor privilegiado al que Freud exponía sus observaciones y hallazgos clínicos y teóricos aunque, en realidad, lo que Fliess podía proporcionarle consistía más bien en el apoyo emocional derivado de su admiración y reconocimiento que en aportaciones de carácter científico. Esta relación epistolar, que se publicó póstumamente bajo el título *Los orígenes del psicoanálisis*²⁰, resulta de fundamental importancia para comprender el nacimiento de la nueva disciplina en la medida en que pone de manifiesto la profunda articulación existente entre los desarrollos teóricos y la subjetividad de su creador. La relación con Fliess respondía, en efecto, a una profunda necesidad de Freud en esa etapa de su vida.

[En 1896, la muerte de Jakob Freud desencadenó en su hijo un duelo difícil de elaborar: «A través de alguna de esas oscuras rutas que corren tras la consciencia “oficial”, la muerte del viejo me ha afectado profundamente. Yo lo estimaba mucho y lo comprendía perfectamente; influyó a menudo en mi vida con esa peculiar mezcla suya de profunda sabiduría y fantástica ligereza de ánimo. Cuando murió, hacía mucho tiempo que su vida había concluido; pero ante su muerte todo el pasado volvió a despertarse en mi intimidad», escribe Freud en una carta a Fliess, en la que también leemos: «Tengo que contarte un lindo sueño que tuve la noche siguiente al entierro. Me encontraba en una tienda y leía allí el siguiente cartel: “Se ruega cerrar los ojos”. Inmediatamente reconocí en el local la barbería a la cual concurre todos los días. El día del entierro tuve que esperar mi turno y por eso llegué algo tarde al velatorio. Mi

²⁰ O. C., t. III.

familia me hizo sentir su desagrado porque había dispuesto que el funeral fuese sencillo e íntimo, aunque más tarde todos se mostraron de acuerdo. Además, tomaron un poco a mal mi atraso. Aquella advertencia tiene doble sentido, y en ambos quiere decir: "Hay que cumplir con su deber para con el muerto", con los dos sentidos de una disculpa, como si yo no hubiese cumplido mi deber y necesitase de la indulgencia, y con el del deber mismo, literalmente expuesto. Este sueño es así una expresión de esa tendencia al autorreproche que la muerte suele despertar entre los sobrevivientes...»²¹. Freud comienza entonces a padecer de crisis de angustia y trastornos psicosomáticos, que lo conducen a iniciar su *autoanálisis*, convirtiéndose, en cierto modo, en el más importante de sus pacientes y en el único ser humano, hasta la fecha, que llevó a cabo una tarea semejante.

Aunque él mismo consideraba que el autoanálisis es imposible —si no lo fuera, nadie enfermaría de neurosis—, ese fue el único camino que halló para liberarse de sus síntomas, y Fliess desempeñó, en cierto modo, el papel de otro que el psicoanalista representa para sus analizandos.

El instrumento al que recurrió fue, esencialmente, la investigación de sus propios sueños, desarrollada paralelamente a la redacción de su obra capital, *La interpretación de los sueños*, que puede considerarse como segundo y auténtico momento fundacional del psicoanálisis²².

En este libro, que vio la luz en noviembre de 1899, aunque su autor pidió al editor que hiciera figurar la fecha simbólica de 1900, Freud incluyó muchos detalles del análisis de sus propios sueños, en cuyo curso emergen numerosos recuerdos de la infancia, de manera que podemos valorarlo como una forma peculiar de autobiografía: en él se produ-

²¹ Carta del 2-11-96, O. C., t. III, pp. 3549-50.

²² Freud, *La interpretación de los sueños*, O. C., t. I.

ce la elaboración de la noción de inconsciente, que constituye una verdadera revolución científica y, al mismo tiempo, la apertura del inconsciente del hombre Freud.)

El corolario del autoanálisis, por otra parte, fue la ruptura de la relación con Fliess, lo que constituye una prueba del carácter fundamentalmente imaginario que aquella tenía, al menos para el flamante psicoanalista: ya podemos llamarlo así merced a su autoanálisis y a su obra sobre los sueños.

La interpretación de los sueños no tuvo una gran acogida en los medios científicos: la primera edición, de 600 ejemplares, tardó ocho años en agotarse. Diez años después el panorama sería completamente diferente; los comentarios sobre sus obras habrían de alcanzar centenas de páginas. Pero en 1900 las publicaciones especializadas la ignoraron, y en las de carácter general aparecieron unas pocas reseñas, no precisamente elogiosas.

Sin embargo, es interesante señalar que esta obra, tal como había sucedido con los *Estudios sobre la histeria*, despertó un enorme interés y ejerció una notable influencia en el medio literario y artístico vienés, convirtiéndose en un hito del modernismo. No tardaría mucho en incidir en el panorama de la cultura europea; bastará con citar, como ejemplo, el movimiento surrealista.)

La interpretación de los sueños, en cierto modo, forma parte de una trilogía que comprende también la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) y *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905)²³. Estas obras ponen en evidencia que diversas manifestaciones de los seres humanos consideradas como «normales», por ejemplo los sueños, lapsus y actos fallidos de distintos tipos, y aun los chistes (sobre todo los que se basan en juegos de palabras) tienen una génesis y estructura similares a las de los síntomas neuró-

²³ O. C., t. I.



tos. Es decir, son sustitutos simbólicos de deseos o pulsiones que habían sido reprimidos, puesto que su reconocimiento habría sido conflictivo para el sujeto.

Freud pudo demostrar que una serie de conceptos que le habían resultado útiles para dar cuenta de los fenómenos psicopatológicos —conflicto, inconsciente, represión— permiten también comprender nuestra psicología cotidiana.

En consecuencia, si un mismo modelo teórico puede abarcar la psicología y la psicopatología, desaparece la nítida línea divisoria que la psiquiatría había trazado entre la salud y la enfermedad mentales. Para Freud solo existe entre ambas una diferencia de grado o intensidad. De manera similar, la articulación de su autoanálisis y sus descubrimientos en la clínica levantan la barrera erigida por la psiquiatría entre el médico (sujeto que conoce) y el paciente (objeto de estudio): Freud, como todo psicoanalista después de él, se coloca también en el lugar del paciente. La intervención de la propia subjetividad del investigador en el proceso de interpretación de los hechos, cosa que en la actualidad reconoce hasta la epistemología de las ciencias «puras y duras», como la física, exige que el psicoanalista se tome a sí mismo como objeto. Exceptuando a Freud, el único que llevó a cabo un autoanálisis, puesto que no había otro, y él mismo se produjo como psicoanalista a través de ese proceso, la formación de todo psicoanalista incluye el análisis personal con un tercero.

Al mismo tiempo, el psicoanálisis hace posible el estudio riguroso de una serie de hechos que hasta el momento habían sido despreciados por la ciencia: se pensaba que los sueños eran meramente el resultado de la desorganización de nuestra actividad cerebral durante el reposo y que los lapsus eran producto de la fatiga y la falta de atención. Freud, apoyado en el principio epistemológico del determinismo, aplicado al dominio de los procesos psíquicos, pudo probar que a todo cuanto hacemos, decimos y pensamos se

le puede adscribir un sentido; lejos de ser azaroso, responde a algún motivo, puede ser sometido al análisis y la interpretación.

Las tres obras mencionadas tienen una estructura semejante: una serie de capítulos en los que el autor formula sus conceptos a través del análisis de una gran cantidad y variedad de sueños, lapsus y chistes, respectivamente, y un capítulo de carácter teórico que, en el caso de *La interpretación de los sueños* sobre todo, expone un modelo del «aparato psíquico» que permite comprender el funcionamiento mental.

En 1905 Freud publica un nuevo texto, *Tres ensayos de teoría sexual*²⁴, en el que presenta de una manera sistemática su concepción de la sexualidad humana. En esta fecha tan temprana ya tenemos entonces, completamente desarrollados y articulados entre sí, los dos pilares fundamentales de la teoría psicoanalítica, las dos innovaciones destinadas a transformar radicalmente nuestra representación del ser humano: la existencia de lo inconsciente y una peculiar visión de la sexualidad. Esta última habría de suscitar un rechazo aún más intenso, no solo en los medios médicos, sino también entre algunos de los primeros discípulos de Freud.

Quizá lo más escandaloso en ese momento fue la afirmación de que la sexualidad —entendida en un sentido amplio, casi como sinónimo de «placer corporal»— no se inicia en la pubertad sino en la infancia, cosa que hoy en día ya no se discute. Al investigar las situaciones patógenas en las que se había producido la represión de los deseos sexuales —represión que era la responsable de los síntomas como productos sustitutivos de lo reprimido—, los recuerdos de los pacientes se remontaban hasta los prime-

²⁴ O. C., t. II.

ros años de su vida, confirmando la idea de que las impresiones tempranas, aunque no persistan en la consciencia, han dejado huellas en la conformación del sujeto psíquico.

Si bien al comienzo Freud pensaba que las escenas traumáticas correspondían a episodios reales de seducción de los niños, y sobre todo de las niñas, por parte de adultos allegados, poco a poco reconoció el papel preponderante que en ellas desempeña la fantasía infantil. Esto significa que la seducción real, a pesar de que sus consecuencias patógenas son innegables, tienen efecto en tanto que forman parte de la *realidad psíquica* del sujeto, configurada por elementos históricos y fantasmáticos difíciles de deslindar. El análisis de las fantasías infantiles, a su vez, condujo a Freud al descubrimiento del complejo de Edipo como estructura relacional en cuyo seno cada ser humano encuentra un lugar específico como sujeto deseante, al interiorizar la ley cultural que prohíbe el contacto erótico con las personas que, no casualmente, han sido sus primeros objetos de amor. La leyenda dramatizada por Sófocles en su *Edipo Rey* conmueve al auditorio porque representa el destino inexorable del ser humano: el amor a la madre y los celos del padre, que Freud encuentra al analizar tanto sus propios sueños como los de sus pacientes, e incluso en algunos personajes literarios como Hamlet.

Los *Tres ensayos* establecieron las bases de una teoría sexual que Freud, con el correr de los años, habría de modificar parcialmente, completar y enriquecer, como veremos más adelante. Como reflejo de ese proceso, las sucesivas ediciones de esta obra presentan párrafos y notas al pie que el autor siguió agregando hasta 1925.

El movimiento psicoanalítico

Freud había salido de su aislamiento inicial —que se prolongó durante diez años, desde su separación de

Breuer— en 1902, cuando comenzó a reunirse en su casa la Sociedad Psicológica de los Miércoles, un pequeño grupo de médicos jóvenes (cuatro, exactamente) que se fue ampliando gradualmente con la presencia mayoritaria de personas comprometidas con otras disciplinas: literatura, filosofía, arte, música. En estas reuniones, alguno de los miembros presentaba un trabajo que luego el grupo comentaba y discutía. Las notas de Otto Rank, que hacía las veces de secretario, constituyen un testimonio interesante de esta primera etapa de la historia del psicoanálisis, marcada por el entusiasmo y la curiosidad intelectual²⁵.

En 1908 la entidad tomó el nombre más formal de Sociedad Psicoanalítica de Viena, y dos años más tarde, debido al aumento del número de sus miembros, pasó a reunirse en el Colegio de Médicos. Al mismo tiempo que Freud continuaba con sus conferencias en la Universidad y con la publicación de los resultados de sus investigaciones, se fue incrementando considerablemente su trabajo clínico, aunque hemos de señalar que sus pacientes vieneses eran muy escasos; la mayoría de ellos procedía de otros países europeos a los que ya se había extendido su reputación.

En 1908 se realiza en Salzburgo el Primer Congreso Psicoanalítico Internacional: Freud ya contaba con discípulos como Karl Abraham y Max Eitingon en Berlín, Carl Gustav Jung y Eugen Bleuler en Zúrich, Sándor Ferenczi en Budapest y Ernest Jones en Londres. Dos años más tarde, con ocasión del Segundo Congreso realizado en Núremberg, se funda, a propuesta de Ferenczi, la Asociación Psicoanalítica Internacional, con grupos locales que se incrementaron rápidamente. En 1925 los había en

²⁵ Herman Nunberg y Ernst Federn (compiladores), *Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, tomo I: 1906-1908; tomo II: 1908-1909*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1979 y 1980.

Viena, Berlín, Budapest, Zúrich, Londres, Amsterdam, Nueva York, Moscú y Calcuta.

En este lapso aparecen también las primeras revistas dedicadas al psicoanálisis: *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* (Anuario de investigaciones psicoanalíticas y psicopatológicas, 1908), dirigida por Jung, cuya publicación se interrumpirá con el comienzo de la Primera Guerra Mundial; *Zentralblatt für Psychoanalyse* (Revista de Psicoanálisis, 1910), a cargo de Alfred Adler y Wilhelm Stekel; *Imago* (dedicada a las aplicaciones del psicoanálisis a las ciencias del espíritu), dirigida por Hans Sachs y Otto Rank.

Las tensiones entre los grupos de Zúrich y Viena, reflejadas por la necesidad de cada uno de ellos de controlar su propia publicación, culminaron con las primeras disensiones y rupturas. Los cuestionamientos teóricos a las ideas esenciales del maestro se mezclaban con rivalidades personales y luchas por el poder: Adler presentó su renuncia en 1911 y Jung en 1914. Ambos habrían de fundar sus propias escuelas, la psicología individual el primero y la psicología analítica el segundo, basadas en principios teóricos opuestos a los fundamentos del psicoanálisis, de modo que no es correcto considerarlas como corrientes psicoanalíticas postfreudianas.

Freud ya contaba en estos años con el reconocimiento internacional: en 1909 viajó a los Estados Unidos invitado por Stanley Hall, fundador de la psicología experimental en ese país y rector de la Clark University de Worcester, Massachusetts, para dar un ciclo de conferencias. Entre los asistentes se encontraba el filósofo William James, que se despidió de Freud con las palabras: «El futuro de la psicología pertenece a su trabajo»²⁶. Este

²⁶ Jones, *op. cit.*, t. II, p. 69.

interés por el psicoanálisis habría de propagarse rápidamente por el mundo, aunque siempre acompañado por su reverso: el rechazo y unas intensas resistencias, todavía presentes en muchos medios académicos y profesionales. El mismo Stanley Hall, por ejemplo, no tardó en apartarse de esta línea de investigación que en un principio había despertado su interés y admiración. Pero más perjudicial para el psicoanálisis que el rechazo en medios ajenos a él puede ser el hecho de que «algo que nada tiene que ver con él se cubre a veces con su nombre», tal como Freud observó que sucedía —y aún sigue sucediendo— en los Estados Unidos, donde circulan versiones *atenuadas* (o *descafeinadas*) del mismo.

Debemos señalar que la primera traducción a otra lengua de las Obras Completas de Freud se emprendió en España, en 1922, merced a una propuesta de José Ortega y Gasset.

Durante los años de la Primera Guerra Mundial el movimiento psicoanalítico encontró dificultades para mantener su carácter *internacional*; sin embargo, pudo continuar publicando su *Zeitschrift*, que ostentaba orgullosamente ese calificativo en momentos en que los logros de la civilización corrían el riesgo de naufragar con la contienda.

Los desarrollos teóricos

Freud, que llevaba treinta años dando conferencias en la universidad, se encontró con la sorpresa de que en 1915 su auditorio (que en 1900, cuando expuso por primera vez su teoría sobre los sueños había, contado con solo tres asistentes) se había ampliado hasta alcanzar el número de cien oyentes. Esto lo llevó a prepararlas con más cuidado

que el habitual y finalmente a publicarlas en forma de libro. La *Introducción al psicoanálisis* (1916-17)²⁷, que expone de una manera sintética y didáctica todos sus desarrollos teóricos hasta esa fecha, habría de ser una de sus obras más difundidas: se vendieron cincuenta mil ejemplares de sus primeras cinco ediciones alemanas y se tradujo a dieciséis idiomas.

Otro acontecimiento importante de esta época fue la fundación en 1919 de una editorial psicoanalítica privada, el *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, merced a una donación de su discípulo húngaro Anton von Freund.

Entre 1910 y 1920 Freud publicó numerosos trabajos tanto de carácter teórico —por ejemplo, los ensayos agrupados bajo el nombre de *Metapsicología*²⁸— como clínico —sus célebres *Historiales clínicos*²⁹, que recogen la narración de cinco casos y sus correspondientes tratamientos (aunque uno de ellos es en realidad el análisis de un caso de psicosis a partir del relato autobiográfico publicado por el interesado). Asimismo, escribió algunos artículos sobre la técnica y sobre psicoanálisis aplicado a diversas expresiones artísticas y al estudio de los fundamentos de la cultura. Debemos destacar, sobre todo, la *Introducción del narcisismo* (1914)³⁰, puesto que este nuevo concepto —que se refiere al amor a sí mismo o, en términos técnicos, a la orientación de la libido hacia el propio yo— lo condujo a una serie de modificaciones en su teoría, que consideraremos oportunamente.

Uno de los rasgos destacados de nuestro autor es precisamente su amor por la verdad y el conocimiento: en efec-

²⁷ O. C., t. II. *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, tomo I, p. 175.

²⁸ O. C., t. II.

²⁹ O. C., t. I y II.

³⁰ O. C., t. II.

to, a lo largo de su extensa obra, desarrollada durante casi cincuenta años, no vaciló en formular nuevos conceptos cuando los hechos clínicos así se lo exigían, ni en abandonar aquellos que resultaban inadecuados para dar cuenta de su experiencia.

En consecuencia, la década de 1910 puede entenderse como una etapa de transición, en la cual nuevos hallazgos ponen en cuestión las hipótesis desarrolladas hasta entonces; este proceso culminará con la reformulación tanto de la teoría de las pulsiones, debido a la introducción de la pulsión de muerte³¹, como del modelo del aparato psíquico, que responderá ahora a un principio estructural³².

No se puede negar que a los hechos clínicos, como la compulsión a la repetición en las neurosis —es decir, la tendencia a reproducir ciertas experiencias a pesar de su carácter penoso, independientemente del principio del placer— se sumaron las vivencias suscitadas por la masacre de la guerra tanto en el plano profesional, en lo que concierne a las neurosis traumáticas de los veteranos, como en el personal, con sus tres hijos en el frente (que felizmente resultaron ilesos), para obligar a Freud a reconocer el papel que desempeñan ciertas fuerzas destructivas en el individuo y en la sociedad. Sin embargo, su correspondencia pone de manifiesto que la noción de pulsión de muerte no es un mero producto de las circunstancias, sino que Freud, insatisfecho con su teoría de las pulsiones, se interesó por el tema de la muerte: «... llegué a él al tropezar con una curiosa idea de las pulsiones y ahora me veo obligado a leer todo lo que concierne a esta

³¹ Freud (1919), *Más allá del principio del placer*, O. C., t. III.

³² Freud (1923), *El yo y el ello*, O. C., t. III.

cuestión, como por ejemplo, y por primera vez, a Schopenhauer»³³.

Los años posteriores a la guerra fueron muy duros; la población de Viena pasó frío y hambre. La situación financiera de Freud era muy difícil, como la de la mayoría de sus compatriotas, debido a la falta de trabajo y a la inflación, que acabó por consumir sus ahorros. Afortunadamente, comenzó a recibir demandas de análisis por parte de ingleses y norteamericanos que deseaban aprender su técnica y pagaban con divisas relativamente fuertes.

Los años veinte trajeron nuevas disensiones. Ya Freud se había quejado, en una carta al pastor protestante Pfister, uno de sus discípulos suizos que aplicó los conocimientos psicoanalíticos a su trabajo con adolescentes, de que la forma en que la gente acepta y dirige el psicoanálisis podía fastidiarlo más aún que cuando se cierran a toda comprensión y lo rechazan³⁴. A partir de 1924 se distanciarían dos de los discípulos más allegados a Freud: Otto Rank, que centraba el problema de toda neurosis en el trauma del nacimiento, y Sándor FÉRENCZI (en 1929), quien introdujo técnicas «activas» en su práctica profesional. Estas incluían las relaciones afectivas con los pacientes y hasta el análisis mutuo, que Freud no podía aceptar, pues suponían un retorno a los métodos de sugestión y catarsis que había desechado, como hemos visto, por sus limitaciones y sus dudosos resultados.

Pero le esperaban sufrimientos aún más importantes: en 1920 falleció su hija Sophie a causa de una neumonía gripal que ese año constituyó una verdadera epidemia. Esta joven de 26 años era madre de dos niños; el pequeño murió en

³³ Carta a Lou Salomé de julio de 1919, citada por Elisabeth Roudinesco y Michel Plon, *Dictionnaire de la psychanalyse*, París, Fayard, 1997, p. 69.

³⁴ Jones, *op. cit.*, t. III, p. 39.

1923, a los cuatro años y medio, de tuberculosis, y a Freud le costaría bastante recuperarse del doble golpe representado por la pérdida de su descendencia. Refiriéndose a la muerte de su hija, afirmó que era un hecho tan paralizante que no podía inspirar ninguna reflexión a quien no fuera un creyente; esta «cruda fatalidad» exigía una «muda sumisión», pero le imponía una herida narcisista que ya no podría ser curada³⁵. Pero cuando se produjo la pérdida del nieto, con el que estaba profundamente encariñado, manifestó que ese golpe le había resultado insoportable, ocasionándole la primera gran depresión de su vida: además del dolor, la desaparición del pequeño había matado algo dentro de él.

Los últimos años

En 1923 Freud sufre la extirpación de un tumor canceroso en la mandíbula y el paladar, que sería la primera de una serie de intervenciones quirúrgicas cruentas y mutilantes, ocasionadas por las recidivas, a lo largo de dieciséis años. Llegó a llamar «el monstruo» a la prótesis que hubo que colocarle en la boca y que le hacía difícil hablar y alimentarse. Desde entonces su hija Anna, que después de sus estudios de magisterio se había dedicado al psicoanálisis de niños, hubo de leer los trabajos de su padre en los congresos y reuniones científicas, además de desempeñar la función de enfermera, la única aceptada por el anciano. Esto no le impidió a Freud, sin embargo, proseguir tanto con su trabajo clínico como con la reflexión teórica y la redacción de nuevos textos.

Algunos de ellos resultaron de fundamental importancia para el psicoanálisis, como *El yo y el ello* (1923), una

³⁵ Jones, *op. cit.* t. III, p. 30.

Final
suicide

modificación de su representación tónica o espacial del «aparato psíquico» que da cuenta de la dimensión inconsciente del yo; *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), donde reformula la teoría de las neurosis a la luz de su nueva concepción de la angustia; los artículos sobre la diferencia entre los sexos y la sexualidad femenina (1925, 1931, 1932), que consideraremos oportunamente; y diversos textos sobre la técnica psicoanalítica, como *Análisis terminable e interminable* (1937) o *Construcciones en el análisis* (1937).

Asimismo debemos mencionar los trabajos que se ocupan de la religión y la cultura, como *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1930), *¿Por qué la guerra?* (1933) o *Moisés y el monoteísmo* (1939)³⁶. No se trata de meras «aplicaciones» de la teoría, sino de desarrollos esenciales para la comprensión de las neurosis y de la subjetividad en general, por cuanto el psicoanálisis no solo cuestiona los dualismos cuerpo-mente, salud-enfermedad o médico-paciente, como hemos visto, sino también la polaridad individuo-sociedad.

En 1930 Freud recibe el premio Goethe, máximo galardón concedido por la calidad literaria de su escritura. En este mismo año muere su madre, lo que le procura la sensación, según sus palabras, de que ahora puede morir tranquilo, ya que no soportaba la idea del dolor que su propio fallecimiento le habría causado a la anciana.

Freud ha logrado ya el reconocimiento internacional y las instituciones psicoanalíticas se han multiplicado —aunque no sin enfrentarse con resistencias, tanto externas como internas a ellas—, así como las traducciones de sus obras a diversas lenguas. Los intelectuales y artistas que residían en, o viajaban a Viena solían visitarlo; así lo hicie-

³⁶ Todos ellos en el t. III de las *O. C.*

ron, entre otros, el economista Hans Kelsen, el ensayista danés Georg Brandes, el antropólogo Lévy-Bruhl, el filósofo Ludwig Binswanger, los escritores Arthur Schnitzler, Hermann Hesse, Romain Rolland, Lenormand, Emil Ludwig, Arnold y Stephan Zweig, Rabindranath Tagore, H. G. Wells, Thornton Wilder y Thomas Mann, quien, además, pronunció un impresionante discurso en diversas instituciones con ocasión del octogésimo cumpleaños de Freud. Salvador Dalí lo visitó en Londres —como Arthur Koestler y Bronislaw Malinowski— y le hizo en el acto un boceto, afirmando que desde el punto de vista surrealista el cráneo del maestro le recordaba la imagen de un caracol.

Si bien su llegada a Londres le produjo un enorme placer, habría de vivir en esta ciudad sólo algo más de un año debido a nuevas recurrencias del cáncer, imposibles de operar. Durante este periodo continuó practicando el psicoanálisis, aunque con algunas interrupciones, hasta llegar casi al fin de su vida, y acabó de escribir su libro sobre Moisés. A pesar de que se negaba a tomar calmantes para no perder la lucidez, le había hecho prometer a su médico de cabecera que le ayudaría cuando ya no pudiera soportar más. A petición del paciente, aquel le administró una dosis de morfina que aceleró su muerte, el 23 de septiembre de 1939.